



Seix Barral

Lulu Miller

Los peces no existen

Una fábula contemporánea sobre
cómo vivir sin etiquetas





Seix Barral Los Tres Mundos

Lulu Miller

Los peces no existen

Una fábula contemporánea sobre
cómo vivir sin etiquetas

Traducción del inglés por
Isabel Zapata

Título original: *Why Fish Don't Exist. A Story of Loss, Love and Hidden Order of Life*

© Lulu Miller, 2020

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Isabel Zapata, 2022

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Motivo ornamental interior: Random Illustrator / Shutterstock

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-322-4333-2

Depósito legal: B. 1.158-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

ÍNDICE

- 11 Prólogo
- 17 Un niño con la cabeza en las estrellas
- 27 Un profeta en una isla
- 43 Un interludio sin Dios
- 61 A la conquista de los mares
- 81 El Génesis en un frasco
- 97 *Smash*
- 111 Lo Indestructible
- 123 Sobre el autoengaño
- 139 La cosa más amarga del mundo
- 163 Una verdadera cámara de los horrores
- 185 La escalera
- 195 Dientes de león
- 215 *Deus ex machina*
-
- 239 *Epílogo*
- 255 *Una nota sobre el cambio*
- 257 *Agradecimientos*
- 263 *Notas*

UN NIÑO CON LA CABEZA EN LAS ESTRELLAS

David Jordan nació en un huerto de manzanos al norte del estado de Nueva York, en 1851, durante la época más oscura del año, lo cual, quizá, provocó su interés en las estrellas. «Mientras limpiaba mazorcas de maíz durante las tardes de otoño —escribe rememorando su infancia—, sentí curiosidad por los nombres y los significados de los cuerpos celestes.»¹ No podía simplemente disfrutar de su brillo; para él eran un desorden que necesitaba ser ordenado, conocido. Cuando tenía unos ocho años, consiguió un atlas astronómico y empezó a comparar lo que veía en las páginas con lo que contemplaba encima de su cabeza. Noche tras noche se escabullía de su casa para intentar aprenderse los nombres de cada estrella del cielo. Según recuerda, solo tardó cinco años en ordenar la totalidad del cielo nocturno. Como recompen-

sa, eligió *Starr* como segundo nombre y lo usó con orgullo durante el resto de su vida.²

Habiendo dominado lo celeste, David Starr Jordan se dirigió a lo terrestre. En las tierras de su familia abundaban constelaciones únicas de árboles, rocas, graneros y ganado. Sus padres le asignaban tareas en la granja, esquilaba ovejas, limpiaba la maleza y —la especialidad de David— reconvertía trapos viejos en alfombras (sus tendones flexores aprendieron enseguida a utilizar la aguja para crear orden donde había ruinas).³ Además de todos estos quehaceres, David empezó a trazar un mapa del territorio.

Pidió ayuda a su hermano Rufus, trece años mayor, un tímido y amable amante de la naturaleza de profundos ojos marrones. Rufus le enseñó a calmar a los caballos, acariciándoles el cuello con suavidad, y en qué lugar del matorral encontrar los arándanos más jugosos. Ver a Rufus desmitificar la tierra asombró profundamente a David, que sentía por su hermano una «adoración absoluta».⁴ Poco a poco, David empezó a dibujar intrincados mapas de todo lo que veían.⁵ Dibujó mapas del huerto familiar (con los árboles y los animales indicados, junto con la especie a la cual pertenecían). Dibujó mapas de su camino a la escuela (con las iglesias y sus nombres indicados). Y cuando terminó con el territorio que conocía, fue un poco más lejos. Copió planos de municipios lejanos, de otros estados, países, continentes, has-

ta que sus pequeños dedos hambrientos hubieron recorrido casi todos los rincones del planeta.

«El entusiasmo que mostré preocupó mucho a mi madre»,⁶ escribe, una mujer robusta de nombre Huldah. Un día, harta, tomó todos los mapas de su hijo, arrugados y manchados de su sudor de niño, y se deshizo de ellos.



¿Por qué? Quién sabe. Quizá porque Huldah y su esposo, Hiram, eran puritanos devotos. Se enorgullecían de los logros dignos de un mártir, como no reírse nunca en voz alta y llegar cada mañana a trabajar al campo antes del amanecer.⁷ Pasarse el tiempo trazando mapas de territorios ya conocidos debió de parecerles una frivolidad, una pérdida de tiempo insultante, y más aún con todo el trabajo que tenían, con manzanas que recoger y patatas que sachar y trapos que coser.⁸

O quizá la desaprobación de Huldah fuera solo el reflejo de los tiempos. A mediados del siglo XIX la obsesión por poner en orden el mundo natural empezaba a quedar como algo anticuado. La era de los descubrimientos había empezado cuatrocientos años atrás, y estaba ya en claro declive en 1758, cuando Carl Linnaeus, el padre de la taxonomía moderna, terminó su obra maestra, *Systema Naturae*, una propuesta para entender la totalidad de las interconexiones de la vida. (Deje-

mos de lado por un momento que el esquema de Linnaeus estaba plagado de errores: clasificaba los murciélagos como primates y los erizos de mar como lombrices, por mencionar un par.)⁹ A medida que las embarcaciones se desplazaban con más frecuencia de puerto a puerto, la emoción de vislumbrar especímenes exóticos y mapas —que fue lo que en su momento atrajo a la gente a las tiendas, tabernas y cafés— se desvanecía.¹⁰ El polvo se acumulaba en los gabinetes de curiosidades; el mundo se había convertido en algo conocido.

Aunque es posible que no fuera eso. En ese mismo momento un texto blasfemo estaba imprimiéndose a toda velocidad. *El origen de las especies* se dio a conocer al público en 1859, justo cuando el pequeño David empezaba a levantar la mirada hacia las estrellas. ¿Es posible que Huldah hubiera leído los periódicos e intuyera que el orden del mundo natural estaba a punto de cambiar por completo?

Fuera el que fuera el motivo, Huldah no cedió. Con los mapas arrugados de David en la mano, le pidió a su hijo que encontrara algo «más importante» que hacer con su tiempo.¹¹

Como el buen niño que era, obedeció y dejó de trazar mapas. Pero, como el niño de verdad que también era, no lo dejó, en realidad. No del todo.

«Había muchas flores silvestres en los alrededores de mi casa»,¹² escribe, intentando culpar a la tierra misma de sus pecados. De vez en cuando, de

regreso de la escuela, empezó a recoger un pompón aterciopelado azul o una estrella anaranjada sedosa de la hierba. A veces las olía y luego las tiraba, pero de vez en cuando alguna permanecía entre sus dedos y la llevaba hasta su habitación, la dejaba en la cama y se dejaba tentar por la misteriosa disposición de sus pétalos. Él intentaba deshacerse del deseo de conocerla, su nombre, su lugar exacto en el árbol de la vida. Y lo hizo bastante bien, hasta que llegó la pubertad.

En su primer día de secundaria David llevó a casa a escondidas un «pequeño libro sobre flores» que había sacado de la biblioteca.¹³ En la privacidad de su cuarto, se sentaba con el manual en el escritorio tapizado de flores, intentando discernir cuál era cuál, descubriendo su género y su especie. Ya era casi un hombre, con vello en los dedos de los pies y una voz cada vez más grave, y solía provocar a su madre revelándole los nombres científicos de las flores que encontraban en el camino, transmutando bigaros en *Vinca major* o girasoles en *Helianthus annuus*, como diciendo que su pasión no podría ser aplastada, arrugada ni eliminada. «Quizá exageré al adornar las paredes de mi cuarto, convenientemente blancas, con los nombres de las diferentes plantas que iba identificando», escribe.¹⁴

Empezó a pasar tiempo con Joshua Ellenwood, un granjero pobre y de cuestionable reputación que vivía cerca de su casa y que sabía de memoria el nombre científico de casi todas las plantas de la

región. Por haber logrado tal hazaña, aquel viejo era conocido por los vecinos como un «vago que perdía el tiempo».¹⁵

David lo admiraba. Empezó a seguirle durante sus paseos por el campo, intentando aprender todos los trucos posibles: cómo las especies se mostraban en la forma de las hojas, el número de pétalos o el aroma. Tras conocer a Joshua, David abandonó su amor por la belleza, declarando que las flores feas y aburridas —los dientes de león (*Taraxacum officinale*) y los ranúnculos (*Ranunculus acris*)— constituían mejores pistas del plano de la naturaleza. «Aunque no fueran hermosas, las pequeñas significaban más para mí que cientos de las más grandes. Una característica del interés científico, a diferencia del estético, es la inclinación por lo oculto y lo insignificante.»¹⁶

Lo oculto y lo insignificante.

¿Estaba David revelando algo sobre sí mismo con esta afirmación? Aunque no se detiene demasiado en eso en sus memorias, el mundo de los humanos podía ser duro con él. Según el historiador Edward McNall Burns, cuando sus padres lo inscribieron en un internado, «las niñas no lo consideraron demasiado prometedor, dado que se rumoreaba que otros chicos eran a veces transportados por las noches [al dormitorio de las niñas] en una canasta que se usaba para llevar combustible».¹⁷ Pero David nunca pudo vivir el milagro de la canasta voladora.

A medida que se hizo mayor, el mundo exterior se volvió cada vez más áspero. Cuenta la vez que patinó en un lago congelado solo para pelearse con un chico mucho menor que él,¹⁸ de cómo su maestro de música le recomendó abandonar su incipiente carrera de cantante,¹⁹ de cómo un partido de béisbol en el que participó a los dieciséis años terminó abruptamente cuando se lanzó a por una bola y eso terminó con «una nariz rota que, mal arreglada, quedó medio torcida desde entonces».²⁰ Y luego estuvo su primer trabajo como maestro de un grupo de niños rebeldes en un pueblo cercano. Durante semanas, David intentó mantener cierta apariencia de orden conduciendo su clase con un apuntador de madera; lo movía de un lado a otro para captar su atención, y de vez en cuando incluso golpeaba con él al que peor se portaba. Hasta que los niños se sublevaron. Se ensañaron con el apuntador de David y le prendieron fuego.²¹

Escribe sobre placeres más solitarios: leer libros de aventuras y poesía, intentar «juntar mis manos y saltar a través de ellas».²² Pero ni siquiera en soledad se sentía seguro. Un día, cuando David tenía once años y estaba felizmente «ocupado en la agradable tarea de quemar troncos», Lucia, su hermana mayor, apareció en la puerta de la granja gritando, según recuerda, «que tenía que correr a casa si quería volver a ver vivo a mi hermano».²³

David estaba confundido. Se suponía que Ru-

fus no estaba en casa. Abolicionista apasionado, recientemente se había marchado para alistarse en el Ejército de la Unión. Pero durante su periodo de entrenamiento, antes de poner un pie en el campo de batalla y probar la fuerza de su convicción, Rufus había contraído una misteriosa enfermedad que avanzó rápidamente a través de su cuerpo, elevando su temperatura y cubriéndole la piel de manchas rosadas, un mal sin causa ni cura conocidas en aquella época, llamada simplemente «fiebre del ejército» (décadas después se conocería como tifus).

Cuando David llegó a la cama de su hermano, los ojos de Rufus apenas podían enfocar. Se quedó junto a él durante horas, rogándole al destino que devolviera la fuerza al cuerpo de su hermano.

A la mañana siguiente Rufus no despertó.

«Todavía recuerdo el largo periodo de soledad y sufrimiento que siguió a su muerte prematura», escribe. «Noche tras noche soñaba que no era cierto y que mi hermano había vuelto a casa sano y salvo.»²⁴



Tras la muerte de Rufus, los diarios de David explotaron de color. Meticulosos dibujos de flores silvestres y helechos y hiedras y zarzas y cualquier trozo de naturaleza que pudiera arrancarle al mundo.²⁵ Sus dibujos no eran artísticos, estaban

cubiertos de borrones, manchas de tinta y pequeñas rasgaduras, resultado de la fuerza con la que coloreaba.²⁶ Pero en esa crudeza era posible ver su obsesión, su desesperación, el esfuerzo casi muscular que ejercía para precisar las formas de todo aquello que le resultaba desconocido. Bajo cada dibujo hay, finalmente, un nombre científico. La tinta de pronto corre con más fluidez, las letras se enlazan con cierta voluntad propia. *Campanula rotundifolia*. *Kalmia glauca*. *Astragalus canadensis*. David describe la sensación de pronunciar al fin sus nombres en voz alta, esas declaraciones latinas de victoria y maestría. «Sus denominaciones —escribe— son como miel en mis labios.»²⁷

Los psicólogos han estudiado esto, por cierto, el dulce bálsamo que el coleccionismo puede ofrecer en momentos de angustia. En *Collecting: An Unruly Passion*, el psicólogo Werner Muensterberger, que trató a coleccionistas compulsivos durante décadas, señala que a menudo el hábito se acentúa tras algún tipo de «deprivación, pérdida o vulnerabilidad», pues cada nueva adquisición le brinda al coleccionista una ráfaga embriagadora de «ilusoria omnipotencia».²⁸ Francisca López-Torrecillas, de la Universidad de Granada, que lleva años estudiando a coleccionistas, se dio cuenta de un fenómeno similar: que la gente que experimenta estrés o ansiedad suele recurrir a esta práctica para aliviar su dolor. «Cuando las personas tienen una sensación de incompetencia personal —escribe—,

el coleccionismo compulsivo los ayuda a sentirse mejor.»²⁹ El único peligro, advierte Muensterberger, es que, como con cualquier compulsión, parece haber una línea a partir de la cual el hábito pasa de ser «estimulante» a «desastroso».³⁰



A medida que David crecía, que sus hombros se ensanchaban y sus labios se volvían más carnosos, su hambre por nuevos especímenes se intensificó. Pero el tema no interesaba a ninguna de las personas que lo rodeaban. No importaba cuánto estudiaba ni cuántos nuevos nombres de especies aprendía ni cuántos artículos sobre taxonomía lograba publicar, explica, «en la escuela mi interés no le importaba a nadie».³¹ Entró en la Universidad de Cornell y consiguió licenciarse y obtener un máster en Ciencias en solo tres años, pero le fue difícil encontrar trabajo.³² Las universidades buscaban hombres sociables que pudieran controlar a un grupo con su carisma. La manera que David tenía de aproximarse a la naturaleza, con las rodillas raspadas y los codos llenos de tierra, se consideraba cosa de niños.

Y así podrían haber terminado las cosas para él. Con un impulso incontrolable por coleccionar flores. El mundo, escéptico ante el valor de su vocación. Hundiéndose año tras año en su silvestre soledad.

Si no hubiera pisado la isla de Penikese.